

Las consecuencias sociales y políticas de la Primera Guerra Mundial

En los años siguientes a la Segunda Guerra Mundial palideció la importancia de la Primera como precedente. Sin embargo, hoy se pueden analizar ambas como un proceso conectado, al que algunos llaman la guerra de los treinta años, donde el periodo 1914-1918 fue fundamental para entender el mundo en el último siglo, ya que sus consecuencias, reforzadas en la Segunda Guerra, aún perduran, y podemos verlas como la primera ola de un tsunami, cuya segunda ola, después del reflujo del periodo de entreguerras, cambió el mundo.

La consecuencia más inmediata, y obvia, de la Guerra que empezó el 28 de julio de 1914 fue la muerte de más de ocho millones y medio de personas, por las decisiones de militares y dirigentes políticos. Pero, más importante que el dato demográfico, es la forma, masiva y premeditada, en la que se produjeron: lo que se pensaba que iba a ser una rápida guerra que condujera a un armisticio para consolidar las posiciones alcanzadas, se convirtió en una cruenta contienda de trincheras, donde los objetivos militares consistían en causar más bajas del enemigo de las que este pudiera reemplazar. En la preparación de la batalla del Somme, por ejemplo, el alto mando francés calculó que hacía falta matar a 200.000 alemanes al mes para alcanzar la victoria.

Conseguir tal objetivo mortal, supuso consumir enormes cantidades de armas, municiones y suministros que hubo que fabricar en poco tiempo, lo que requirió la necesidad de una gran cantidad de mano de obra que, a su vez, reforzó el papel de las organizaciones obreras y contempló una mayor incorporación de mujeres al mundo laboral para ocupar los puestos de trabajo de los hombres que tenían que ir al frente.

Esta incorporación de mujeres fue temporal, ya que en la mayoría de los países, al acabar la guerra las mujeres, por motivos que se calificaron de "patrióticos", tuvieron que dejar sus puestos a los hombres que volvían del frente. Aunque la tasa de actividad femenina nunca llegó a un 30% de la población en ningún país

(incluyendo agricultura), no cabe duda de sus efectos en su papel social, el sufragio femenino, etc. Como otros muchos efectos de esta primera guerra, en la segunda, la nueva incorporación de la mujer al trabajo fue más numerosa y más estable.

El fervor nacionalista con el que iniciaron la guerra los países contendientes, reforzado por la ideología militar transmitida por intelectuales, maestros y religiosos, fue reduciéndose a medida que empeoraban las condiciones de vida de la población civil, a lo que se unían los muertos que muchas familias tenían entre sus parientes más jóvenes. A partir de ahí, la actividad de los partidos de izquierda, que en general se habían opuesto a la guerra, y las organizaciones obreras, animaron la creación de los llamados frentes civiles que intentaban acabar una guerra que habían iniciado determinadas élites políticas y militares. Una guerra que acabó implicando el fin del primigenio internacionalismo socialista, a medida que se apoyaban en los Parlamentos los créditos de guerra.



Como corolario de ambas guerras, se entendió que el fervor patriótico no justificaba la muerte masiva de tantas personas y se decidió que los conflictos, incluso territoriales, debían resolverse por medios diferentes. Después de ambas guerras, Europa se vacunó del horror

de tantas muertes e intentó resolver sus conflictos por medios distintos. Esta fue una de las consecuencias más importantes de la guerra y la que se mantiene a día de hoy, como la mejor herencia de aquel periodo.

La hegemonía militar previa de las grandes potencias europeas fue, primero complementada y luego sustituida por la de Estados Unidos de América, que mantenían, desde George Washington, el criterio de no inmiscuirse en los asuntos europeos. En 1914, además, tenían una opinión pública dividida respecto de la toma de posición por uno de los bandos en guerra, y un presidente pacifista, Woodrow Wilson. Por otra parte, la guerra suponía para los Estados Unidos de América una fuente de desarrollo industrial y financiero procedente de las necesidades de suministro de los países enfrentados a los que prestaba dinero y vendía productos de todo tipo. Por todo ello se mantuvo al margen hasta que Alemania hundió siete barcos mercantes y, sobre todo, debido a la intromisión de su Ministro de Asuntos Exteriores, Zimmermann, en los asuntos americanos al estimular a México a entrar en la guerra. Solo cuando consideraron que la guerra podría llegar a su propio territorio, decidieron salir de él para combatir en Europa.

La Primera Guerra Mundial supuso el fin de una época histórica y conllevó múltiples cambios sociales, políticos e ideológicos, abriendo paso a un período de extremismos y nuevas confrontaciones más destructivas aún.

Pero si la guerra había acrecentado la potencia económica de los Estados Unidos de América, su participación en ella inició su carrera como gran potencia militar, ya que acrecentó su pequeño Ejército anterior de no más de 100.000 soldados, movilizándolo cuarenta veces esa cifra. Su participación resultó decisiva en la resolución del conflicto y, aunque acabada la guerra, Estados Unidos volvió a su tradicional aislacionismo, su participación en la Segunda Guerra Mundial reforzó su papel internacional hasta el día de hoy, en que se ha convertido en la única gran potencia económica y militar del mundo.

Además, los Estados Unidos de América, como consecuencia de que los préstamos que había hecho a los países en guerra estaban garantizados con oro, pasó en una década a casi duplicar sus reservas de oro a costa de las potencias europeas. Este desequilibrio precisó de la transformación del sistema monetario mundial, al pasar el oro de garantizar las monedas (patrón oro) a garantizar solamente el dólar y

la libra, y estas, a su vez, a las demás (patrón cambio oro), modelo que, con diversas variaciones a lo largo del tiempo, consagró la desaparición de un modelo que había servido durante los dos siglos anteriores para garantizar el valor del dinero. Como en el resto de las repercusiones de la Primera Guerra Mundial, hubo que esperar al final de la segunda para consolidarla en los acuerdos de Bretton Woods con el establecimiento predominante del patrón dólar.

La Primera Guerra no propició, inicialmente, un mundo unipolar, ya que fue también el catalizador de la emergencia de una segunda potencia mundial: la Unión Soviética. Rusia, había entrado en la guerra con amplios sectores contrarios a ella, especialmente los partidos de izquierda y las organizaciones obreras. Por eso, cuando llegaron las penurias y los millones de muertos y el descontento de la población explotó con gran virulencia, esas fuerzas políticas supieron aprovecharlo.

La propuesta de armisticio de Lenin, que acompañaba la del reparto de la tierra entre los agricultores y la transferencia del poder político a los Soviets sirvió para llevarle al poder y hacer triunfar la revolución soviética. La Primera Guerra Mundial, pues, que había servido para impulsar a los Estados Unidos de América como potencia mundial, también sirvió a la futura URSS para lo mismo, aunque por medios distintos: Estados Unidos de América entrando y Rusia saliendo de la guerra.

El resultado de la guerra tuvo otras consecuencias en forma de cambios de fronteras en el mundo, cambios que, aún hoy, no han cesado, por lo que no debíamos dar trascendencia, más que temporal, a los que se produjeron en aquel momento.

La posguerra también trajo diversas consecuencias en forma de reacciones políticas extremistas en varios países, especialmente en Alemania e Italia y, en mucha menor medida en Francia e Inglaterra. En esos países, las fuerzas de la derecha se aliaron con el Ejército y parte de los excombatientes para hacer frente a los socialistas y otras fuerzas de izquierda e hicieron triunfar, también socialmente, una ideología totalitaria, nacionalista, y racista que volvió a recuperar los sentimientos patrióticos que ya les habían llevado a la guerra anteriormente y que volverían a hacerlo en la Segunda Guerra Mundial.

Aunque España no entró en la guerra, la guerra sí entró en España. Y lo hizo a través de ese proceso contrarrevolucionario descrito. España también tenía excombatientes de su guerra en Marruecos, y también había sustituido una dinastía reinante por una república. Y, al final, sufrió su propia guerra. **TEMAS**